

de su carne purísima, refrenando la rebeldía de la nuestra, tornándola pura y casta, como enseñan, entre otros, San Cirilo y San Gregorio Niseno, y es doctrina del Catecismo Romano ¹.

13. Sea, pues, toda la gloria de tan maravillosos efectos á aquel divino Señor que, no contento con haberse vestido de los andrajos de nuestra pobre humanidad en el misterio de su Encarnación, para enriquecernos con la púrpura de su divinidad ², ha querido descender de su solio al humilde tabernáculo de la sagrada Eucaristía para continuar en nosotros por maravillosa manera los efectos de su unión con nuestra naturaleza, haciéndonos partícipes, con su cuerpo y sangre, de su vida divina, y dándonos prendas de eterna participación de su gloria. Adoremos la sublime armonía de las dos obras maestras de la omnipotencia, sabiduría y bondad infinitas, y, llenos de fe en su palabra y de amor á su largueza, digámosle con el amante Pedro: *Señor, ¿adónde iremos? ¡Tú sólo tienes palabras de vida eterna!* ³ Amén.

SERMÓN DÉCIMOSEPTIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1886).

La Eucaristía y la Encarnación: sus frutos.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Io. 1, 14.

1. El pesebre y el altar, Belén y el templo católico, ¡qué bellas analogías nos ofrecen, qué raudales de

¹ Hoc sacram. sensuum libidinem cohibet (*Pius V. in Catech.*).

² *S. Leo M.* ³ Io. 6, 69.

luz para la mente y de dulzura para el corazón! ¡Belén y el altar! ¿No son éstos los únicos objetos que llenan el espíritu de los verdaderos fieles en este tiempo consagrado por la Iglesia á la celebración de los misterios del nacimiento é infancia de Jesús? Como el Dios Niño permaneció cuarenta días enteros en la humilde y desmantelada gruta que escogió para nacer, así las almas piadosas gustan de pasar largas horas durante muchos días delante del sagrado tabernáculo do se dignó habitar con los hombres hasta la conclusión de los tiempos. ¡Ah! ¡pluguiese á Dios que no nos apartásemos jamás, sino forzados por la necesidad, del pie de los altares! ¡Pluguiese á Dios que abundara en las almas la sencillez de los pastores betlemitas y la fe de los magos del oriente!

2. Á la verdad, hermanos muy amados en el Señor, la solemne oración de Cuarenta Horas, durante las cuales la Majestad del Dios sacramentado está expuesto á la adoración de los fieles con el brillante aparato que emplea en esta clase de funciones la religiosidad de los países católicos, convierte nuestros templos en verdaderos trasuntos de la afortunada cueva de Belén. ¿Qué hubo en ella que no lo tengamos aquí? ¿Ángeles que anunciaron, desparramados por sus alegres campiñas, la buena nueva del nacimiento del Mesías, dando gloria á Dios y paz á los hombres? Aquí los tenemos á millares llenando el recinto de este vasto templo, y sus himnos eucarísticos se repiten cada día entre acordes festivos por la voz de los ángeles visibles, los sacerdotes del Señor. ¿Pastores y zagalas que corrían desalados en busca del prodigio que se les había revelado, llevando sencillos dones para ofrecerlos al recién nacido Niño? Aquí vienen en masa los adoradores de toda edad, sexo y condición, trayendo por ofrenda al Dios

de los altares no sólo cuanto hay de más vistoso y rico en la naturaleza y en los tesoros del arte, sino, lo que es más acepto al divino Dueño, la fe sencilla del creyente, la humildad del cristiano, la devoción y compostura del que sabe adorar á su Dios en espíritu y en verdad¹. ¿Sabios y grandes de la tierra? Aunque no abundan hoy, porque no han sido ellos jamás los favoritos del Salvador², nacido y muerto en la pobreza y el desprecio, no faltan, sin embargo, en número más que suficiente para demostrar á los pretendidos sabios y á los orgullosos magnates del siglo décimonono que la fe católica en la sagrada Eucaristía no es sólo el patrimonio de los ignorantes y desheredados de los bienes terrenos. ¡Oro, incienso y mirra, dones preciosos de los potentados orientales! El oro brilla en nuestros tabernáculos, la pedrería resplandece en torno de la Hostia sacrosanta; el incienso sube de continuo en fragantes espirales, y embarga suavemente nuestros sentidos; en cuanto á la mirra, símbolo de la mortificación de la carne, aquí está la Víctima sagrada inmolándose incesantemente en el altar, y en derredor hay millares de víctimas voluntarias que ofrecen á la Majestad divina el sacrificio de sus corazones y sentidos. Jesús, el infante recién nacido en Belén, es la gloria de nuestros templos, iluminándolos con su presencia real en la sagrada Eucaristía; y tal será esta tarde el asunto de nuestra consideración y el tema de mi discurso. Para lo cual os haré ver, cristianos, que el Sacramento eucarístico no es otra cosa que la extensión de la Encarnación, como habla San Crisóstomo³; pues, en uno y

¹ Io. 4, 23.

² I Cor. 1, 26.

³ Apud *Carthagena*, Hom. cathol. vol. IV, lib. 9, hom. 7.

otro caso se verifican las palabras del Evangelista: «Et verbum caro factum est»¹, siendo, por consiguiente, unos mismos sus frutos de salvación. Saludemos á la Madre del Verbo Encarnado con las palabras con que la felicitó el arcángel: *Ave María*.

I.

3. No quiero, amadísimos oyentes, os diré con el glorioso Crisóstomo², no quiero que paséis sin muy atenta y detenida consideración por encima de la verdad que he propuesto, pues encierra admirables secretos del altísimo misterio. Todos los Sacramentos, es cierto, dimanen de la Encarnación como arroyos de su fuente; pero de una manera particular la Eucaristía, tanto que puede decirse que es la fuente misma que salta perennemente en el paraíso de la santa Iglesia. En efecto, del costado de Cristo abierto por la lanza brotaron aquellos torrentes de agua y sangre que simbolizaban el bautismo y los sagrados misterios: del cuerpo de Cristo, dormido en la cruz, nació su esposa mística, la Iglesia, como dice agudamente San Agustín, y con la Iglesia nacieron también los Sacramentos, sin los cuales no se entra á participar de la vida verdadera³. ¿Qué son los Sacramentos sino vasos riquísimos, donde está recogida, dice un docto escritor⁴, la sangre de Jesucristo para lavar las manchas de nuestros pecados y sanar las llagas de nuestras pasiones? ¿qué son sino aquellas *fuentes* que Isaías llama *del Salvador*⁵, de las cuales sacamos con grande

¹ Io. 1, 14.

² *Chrysost.*, Hom. 84 in Io. cap. 19.

³ *August.*, Tract. 120 in Io.

⁴ *La Puente*, Trat. de la perfección en gen., tr. 11 de los Sacram.

⁵ Is. 12, 3.

gozo abundancia de aguas vivas para apagar la sed de nuestros corazones? El profeta Zacarías¹ viólos figurados en siete aceiteras de oro llenas de aceite, el cual les venía de una hermosísima lámpara de oro por dos picos que tenía, para darnos á entender que de Jesucristo con sus dos naturalezas, divina y humana, procede toda la gracia que se comunica á los hombres por estos siete Sacramentos. Es, pues, el Verbo Encarnado quien nos lava, cura y fortifica cuando el sacerdote vierte sobre nuestro cuerpo el agua regeneradora, cuando pronuncia sobre nuestra cabeza la sentencia de absolución, cuando nos da el bocado celestial en la sagrada Mesa. Pero no ciertamente de la propia manera, ni en el mismo sentido. Porque, si en los otros casos obra Jesucristo presente sólo moralmente, aquí, en el altar, lo hace por corporal presencia, inmolándose físicamente, aunque sin aparato cruento, en el santo sacrificio de la Misa, y uniéndose físicamente también al que lo recibe en la comunión. Éste es, no lo olvidemos, el Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo; del cuerpo formado por obra del Espíritu Santo en el seno de María Virgen; de la sangre que tomó de las venas de su Madre purísima; del cuerpo que nació milagrosamente en la gruta de Belén, tan real y verdadero como pasible y vulnerable al cuchillo de la dolorosa circuncisión. Así es como lo saluda la Iglesia: *Ave, verum Corpus, natum de Maria Virgine*. Está aquí, pues, la Encarnación continuada, renovada tantas veces cuantas, al sonar de las palabras de la consagración: *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, reaparecen en el altar aquel cuerpo y aquella sangre divinos, hipostáticamente

¹ Zach. 4, 2. 12.

unidos á la persona del Verbo que jamás los abandona y acude siempre á sostenerlos con su propia subsistencia.

No dudemos, según esto, que el Verbo del Padre, al tomar por primera vez carne mortal en las entrañas virginales, pensó en darnos á todos sus hijos esa misma carne sacrosanta, adaptándola de forma que pudiese servirnos de alimento espiritual; pensó en humanarse para siempre, de suerte que fuera *Cristo*, como dijo el Apóstol, *el mismo por los siglos*¹, no sólo allá en el cielo en carne gloriosa y resplandeciente, sino también acá en la tierra, glorioso é impasible aunque oculto debajo de corruptibles accidentes. *Yo te saludo, pues, ¡oh cuerpo sacratísimo, concebido y nacido de la más pura de las vírgenes!* ¡Oh cuerpo del Verbo formado para habitar eternamente con los hombres! *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*².

4. Por esto enseña el Angélico Doctor que la institución del Sacramento de la Eucaristía incluyendo, como incluye, la Encarnación, no pudo preceder á ésta en cuanto al tiempo, á lo menos conforme al plan que se propuso el divino Salvador³. Pero una vez verificado aquel soberano misterio, preguntamos nosotros: ¿pudo Jesús haber dejado de instituir la Eucaristía? Atrevida parece tal cuestión; pero ella podrá, humildemente discutida, arrojar mucha luz sobre el tema de nuestro discurso. Pudo ciertamente, hablando en absoluto; mas ¿cómo sería entonces verdadero *Emmanuel*, Dios con nosotros, según la profecía⁴? ¿cómo se verificaría en toda su realidad la promesa de estar siempre con nosotros hasta la consumación de los siglos⁵? Sin la ins-

¹ Hebr. 13, 8.

² Io. ubi supra.

³ S. th. 3, q. 73, a. 5.

⁴ Is. 7, 14.

⁵ Matth. 28, 20.

titución de la sagrada Eucaristía nosotros no tendríamos sino una noticia histórica de la Encarnación, la cual habría pasado y desaparecido, como todos los hechos, si no en cuanto á sus efectos, sí en cuanto á la sustancia. El Verbo Encarnado moraría en el cielo, á la diestra del Eterno Padre; mas no se le encontraría en nuestro planeta, y tendríamos que preguntar angustiados como la Esposa: *¿Habéis visto por ventura al Amado de mi alma?*¹ ¡Ay! ¿qué fuera entonces de nosotros, verdaderos y desventurados huérfanos? ¿qué sería de la tierra, ya de suyo lugar de destierro? Y ¿no nos había dicho Jesucristo, al partir de este mundo, que no nos dejaría huérfanos²? Después de todo, sin la permanencia de Cristo en el Sacramento, ¿sería tan glorioso, tan magnífico el hecho de la Encarnación? Ponderando la grandeza del triunfo obtenido por el amor de Cristo, considera un piadoso y sabio autor, que no contento con haber derribado del cielo al mismo Dios con sus saetas de fuego, trayéndole á la tierra para vestirse de nuestra carne, hízolo también su cautivo en este Sacramento, encerrándolo de modo que no puede apartarse de la compañía del hombre. Lejos de nosotros el miedo de que se nos vaya nuestro amantísimo Dios, pues el amor le ha hecho prisionero voluntario en la estrechísima cárcel de los sacramentales accidentes.

He aquí, pues, el magnífico remate y como complemento adecuado de la obra portentosa de la Encarnación, la sagrada Eucaristía, por lo mismo que ésta lleva esculpida en sí la memoria de la pasión y muerte de Aquel que sólo se hizo hombre para morir por el hombre. Verdaderamente en el Santísimo Sacramento del

¹ Cant. 3, 3.² Io. 14, 18.

altar hizo Jesucristo el resumen y epílogo de aquellas dos maravillosas obras, su Encarnación y su Pasión, y un epílogo de tal naturaleza que es la misma obra repetida y renovada sustancialmente hasta el fin de los siglos. Así se enlazan las divinas invenciones, y en su conjunto armonioso nos dan á conocer mejor los atributos de su autor.

5. Si pasamos ahora á considerar el augusto Sacramento en cada uno de los que le reciben, ¿qué otra cosa es la comunión sino una suerte ó manera de Encarnación por la cual se comunica Dios á cuantos comulgan? Comunicarse, he ahí lo que hizo Dios por manera eminente en el misterio de la Encarnación; comunicar á la criatura, no ya el ser participado, como en la creación, sino el ser propio suyo, su misma esencia y personalidad, uniéndose hipostáticamente á la naturaleza humana, y en ella también de algún modo á todas las criaturas¹: he ahí la Encarnación. Y ¿qué es la comunión sino la dádiva de sí mismo (aunque no por modo de unión hipostática) hecha por Dios al hombre que le recibe sacramentado? ¡Oh dádiva de infinito precio! ¡Oh don verdaderamente inefable y soberano! Tres géneros de comunicación de Dios á las criaturas distingue Santo Tomás²: el primero, por la creación natural; el segundo, por la gracia, en virtud de la cual, como lo asegura el Príncipe de los apóstoles³, participa el hombre de la naturaleza divina; y el tercero, por la Encarnación, en la cual unió su propia persona en unidad de supuesto con la humanidad de Cristo, y es el género de comunicación más excelente que cabe discurrir, como

¹ Vide *Carthagena* l. c. lib. 2, hom. 7.² Opusc. 60.³ 2 Petr. I, 4.

que por ella, hecho el hombre Dios, entra á poseer la naturaleza y perfecciones divinas. Ahora bien, cristianos, la Eucaristía pertenece ciertamente al segundo de estos géneros ó grados de comunicación divina, pues por ella dásenos la gracia; pero dásenos con tal plenitud, que se aproxima mucho al modo de comunicarse Dios por la Encarnación, como que con toda verdad se dice que recibimos á Dios, alimentándonos con el cuerpo y sangre de Cristo, verdadero Dios. Y es así que el alimento del alma, á la manera del alimento corporal, debe incorporarse tan íntimamente con nosotros que se convierta en una misma sustancia con nosotros, ó más bien nos convierta en una misma cosa con él. Y ¿no se encarnan en nosotros las sustancias de que, por medio de la nutrición, se forma y robustece nuestra carne? Y ¿no dice el profundo Tertuliano que, por la Eucaristía, el alma se robustece con la sustancia de Dios?¹

Es muy de notar el pensamiento de algunos Padres de la Iglesia, entre ellos San Juan Damasceno², que consideran en el gran misterio de la Encarnación del Verbo un beneficio de la bondad divina hecho, no sólo á la especie humana, sino en ella á toda especie de criaturas, visibles é invisibles. Y en este sentido dice Santo Tomás: «Comunicóse Cristo al hombre, y consiguientemente á todos los géneros, en unidad de persona.»³ Y el fundamento de esta verdad no es otro sino que, como dice San Gregorio, *el hombre tiene algo de todas las criaturas*. Pudo, pues, afirmar Cayetano sin exageración, que *la Encarnación es la elevación de todo el universo*. Mas, aunque sea esto así, es cierto

¹ Anima de Deo saginatur (*Tertull.*).

² De Nativ. Virg. ³ S. Thom., apud Carthagera.

que la naturaleza divina no se comunicó propiamente sino á una humanidad individual, la de Cristo nuestro Señor, la cual por esta gracia debía ser singular y única; mientras que por la Eucaristía se comunica á innumerables individuos, pues llama á todos los hombres á su mesa: *Comed todos de este pan...*¹

6. Al considerar, hermanos carísimos, la alteza á que nos eleva este divino Sacramento, no podemos menos de exclamar con el Pontífice San León: *Reconoce, ¡oh cristiano! tu dignidad... acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro*². Porque ¿á quién no asombran las maravillosas analogías que á primera vista se descubren entre las dos uniones de Dios con el hombre, la eucarística y la hipostática? En ésta, el hombre vive por el Verbo, como el Verbo vive por el Padre, diciendo Jesucristo: *Yo vivo por el Padre*³; en aquélla, el alma que recibe á Cristo, dice el mismo Jesucristo, vive también por el Verbo: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*. Por la Encarnación el Verbo está en el hombre, y el hombre en el Verbo, pudiéndose atribuir las propiedades de una naturaleza á otra por razón del vínculo personal que une á entrambas; y así se dice que Dios muere, y que el hombre está sentado á la diestra de Dios. Por la comunión también se verifica que Cristo permanece en el hombre, y éste mora en Cristo, conforme á aquellas palabras: *Él permanece en mí, y yo en él*⁴, siendo tal la comunicación de afectos del alma con Cristo, que el hombre es capaz de operaciones sobrenaturales y divinas, revistiéndose también de las virtudes y propiedades del mismo Jesucristo. De

¹ Cf. 1 Cor. 11, 24.

² Serm. I de Nativ. Domini.

³ Io. 6, 58.

⁴ Ibid. v. 57.

aquí ya es fácil comprender la semejanza de los efectos que producen la Encarnación y la sagrada Eucaristía, como vamos á ver en la segunda parte.

II.

7. Comentando el sagrado texto, podemos decir: *El Verbo hecho carne* ha santificado la humana carne; y *El Verbo habitando con nosotros* en la Eucaristía, prosigue hasta el fin de los tiempos esa misma obra de santificación. Contemplemos primero los efectos inmediatos de la Encarnación. No nos engolfaremos en la consideración de lo que obró el Verbo Divino en la sacratísima humanidad que tomó para sí, *santificándola*¹ y consagrándola como su más precioso tabernáculo; y bastará decir que los tesoros de santidad que en ella derramó fueron infinitos, no pudiendo recibir aumento la santidad de Dios. Y en cuanto á su carne, no pudo ser más pura, como formada por el Espíritu Santo de la purísima sangre de la Virgen María para ser unida con el alma santísima de Cristo. Mas por lo que hace al hombre en general, bien puede decirse que la Encarnación produjo frutos de santificación en toda carne. La humanidad entera ha sentido el influjo santificador de la presencia corporal del Verbo hecho habitante de la tierra. Dijérase que, al hacerse carne el Verbo de Dios, el hombre, que era carne por el imperio del pecado, se había hecho espíritu; y no cabe duda, cristianos oyentes, sino que de la Encarnación de Dios data la espiritualización del hombre. Si antes había jurado el Eterno: *No permanecerá mi espíritu en el hombre, porque es carne*², después pudo decir: Permanecerá con

¹ Io. 10, 36.

² Gen. 6, 3.

el mi espíritu, porque el Verbo se ha hecho carne. Hasta entonces el hombre había sido enteramente carnal, esclavo ciego de los apetitos de una naturaleza estragada; desde entonces empezó el hombre, hecho cristiano, unido á Cristo, á ser espiritual, á regirse por los dictámenes del espíritu; y no sólo del espíritu humano, sino del espíritu de Dios. Llenas están de estas expresiones las epístolas del Apóstol San Pablo, por las cuales entrevemos cuáles fueron los efectos del evangelio, ó sea de la Encarnación, en aquellos primeros miembros de la sociedad regenerada. *Vosotros que sois espirituales*, decía San Pablo á los fieles de su tiempo, *instruid con espíritu de mansedumbre á los que yerran*¹. Y á los que tal vez quedaban rezagados en este movimiento espiritualista, impreso por el soplo cristiano, echábales en cara el mismo Apóstol su debilidad é inconsecuencia, diciéndoles: *No pude hablaros como á varones espirituales, sino como á carnales*². Y á todos exhortaba: *Caminad en espíritu, y no satisfaceréis los deseos de la carne*³. De la carne proceden todos los vicios, prosigue el mismo Doctor de las naciones, enumerando las que llama manifiestas obras de la carne⁴; del espíritu proceden todas las virtudes, la caridad, el gozo, la benignidad, la longanimidad⁵, y todo cuanto forma el esplendor de la santidad cristiana. Ahí tenéis, oyentes míos, los efectos de la Encarnación en el hombre, la santificación universal. De la presencia corporal de Dios, hecho morador de la tierra, han dimanado hasta hoy, y continuarán dimanando hasta que el mundo sea destruído, todas esas nobles y levantadas aspira-

¹ Gal. 6, 1.

² 1 Cor. 3, 1.

³ Gal. 5, 16.

⁴ Gal. 5, 19.

⁵ Gal. 5, 22—23.

ciones hacia lo bello y lo bueno, todos esos arranques del espíritu que, hollando generosamente la materia, se lanza á la esfera de lo espiritual en busca de la perfección que corone su inmortal destino. Mientras durare el hecho de la Encarnación, y Jesucristo sea *de ayer, de hoy y del porvenir*¹, el mundo no volverá á hundirse enteramente en el fango del materialismo.

8. Ahora bien, lo que empezó la Encarnación, prosíguelo y complétalo victoriosamente en su continuación la Eucaristía. He aquí el Sacramento que podemos llamar de la santificación, *el Santísimo*, no sólo porque contiene al Santo de los santos, sino porque es la oficina de la santidad. Este es su efecto natural y propio, santificar. Porque, como reflexiona el Apóstol, si la sangre de las víctimas simbólicas de la ley antigua era capaz de purificar la carne manchada con la culpa legal, *¡cuánto más la sangre de Cristo limpiará nuestra conciencia de las obras de muerte, dándonos gracia para servir al Dios vivo!*² Si sólo el contacto, el roce de Cristo era bastante para santificar, así como tenía virtud para dar salud y vida corporal³, ¿cómo no santificará la recepción de su mismo cuerpo en el Sacramento? Y, si es verdad que la obra de santificación empieza por la curación de nuestras llagas espirituales, por el remedio de nuestras mortales dolencias, ¿no creemos que pueda sanarlas la virtud eucarística? ¡Ah! si esta divina panacea no bastara para curarlas, sería necesario reconocer que eran del todo insanables. Pero ¿quién tal dirá que conozca la eficacia irresistible de la virtud del Salvador, el cual *curaba á todos*, según el Evangelista médico? En efecto, cristianos, supuesto que

¹ Hebr. 13, 8.

² Hebr. 9, 13. 14.

³ Luc. 6, 19.

la santidad, según la definición de San Dionisio¹, consiste en la perfecta limpieza del alma, acompañada de positiva perfección adquirida en la práctica de las virtudes, fácil es ver cómo la sagrada Eucaristía purifica al alma de sus manchas, y la levanta á la perfección de las virtudes cristianas.

9. Nada se opone tanto á la santidad como el pecado: si es mortal, la destruye completamente; y, si venial, la empaña y desfigura. Pero nada tampoco es tan contrario al pecado como la santa Eucaristía: *antídoto*, dice el Concilio de Trento, *con que nos preservamos de las culpas mortales, y nos libramos aún de los defectos cotidianos*. Pues, como dice San Bernardo, impide que demos consentimiento á los pecados graves, y disminuye la inclinación que sentimos á las faltas leves². Sábenlo por experiencia propia las almas débiles que, para verse libres del vergonzoso yugo del pecado, frecuentan devotamente la sagrada Mesa. ¿Qué más? Ocasiones pueden darse en que, según los teólogos más respetables³, el Sacramento del altar sirva, como el de la penitencia, para borrar del alma la horrible mancha del pecado mortal con la cual, en buena fe, se acerque un cristiano á recibirlo. Abundan los dichos de los santos Doctores que enaltecen la virtud de la Eucaristía para purificar el alma, especialmente de la miserabilísima propensión á los deleites sensuales. ¡Ay! es tan furiosa la violencia de la pasión, que bien pudiera comparársele á la impetuosidad del torrente, cuya caída sólo pudiera detenerla el brazo del poder divino.

¹ Apud *Avancini*, Medit. de Vita et Doctr. Jesu Christi.

² Apud *Carthagera* l. c. lib. 9, hom. 21.

³ *S. Thom.*, S. th. 3, q. 80, a. 4.

Pues bien, cristianos; así como el Arca de la Alianza, hermosa figura de este Sacramento, entrando en el caudaloso Jordán, retardó y aun detuvo el curso de las aguas del gran río, prodigio que hizo prorrumper al Profeta Rey en esta exclamación: *¿Qué tienes ¡oh Jordán! que te has vuelto atrás?*¹, así la frecuencia de la comunión es capaz, como felizmente lo experimentamos, de hacer cambiar el curso de la vida humana, conteniendo la corriente de los más inveterados hábitos del vicio, refrenando el agitado mar de las pasiones, transformando al pecador en santo.

10. Las más altas y delicadas virtudes son los frutos propios de este *árbol de la vida*, plantado en el Paraíso de la Iglesia para dar al hombre la inmortalidad después de darle la salud y el vigor de una indeficiente juventud². Bien puede compararse este divino Sacramento al otro árbol del Paraíso de que habla San Juan en el Apocalipsis³, el cual lleva doce frutos en los doce meses del año, esto es, la suma de todas las virtudes, pues todas ellas brotan lozanas del árbol benditísimo de la comunión⁴. Por ella dan todos los frutos de sus obras con perfección y perseverancia, de modo que, ni por ser continuas, dejan de ser nuevas; ni, por ser nuevas, cesan de ser continuas en el decurso de la vida. El mundo cristiano, acostumbrado como está á ver todos los días actos heroicos de caridad, paciencia y todas las virtudes, casi no para mientes en el árbol que las produce; pero nosotros sabemos muy bien que no es otro que la divina Eucaristía. El Verbo de Dios Encarnado y habitando entre nosotros para renovar con-

¹ Ps. 113, 5. ² Gen. 2, 9. ³ Apoc. 22, 2.

⁴ *La Puente*, Perfección en general tr. 4.

tinuamente los efectos de su admirable Encarnación, es quien santifica al hombre del pecado, haciendo brillar en la frente bañada con sangre divina la esplendorosa aureola de la santidad de Dios. Y, á pesar de tales y tan estupendas maravillas, ¡todavía se encuentra el mundo cubierto de sombras de abominación, como en los tiempos del ciego paganismo! Y nosotros mismos, carísimos oyentes, que tantas veces nos acercamos con gozo á la fuente del Salvador, al banquete de los ángeles, ¡todavía nos hallamos tan lejos del bello ideal de la santidad cristiana! ¡Acaso, acaso muchos de los que comulgan, no acaban nunca de verse libres del horrible contagio de la culpa! ¡Ah! roguemos fervorosamente al amable Salvador en estos días de solemne adoración, que se digne renovar entre nosotros los prodigios de Belén, transformándonos, como á los pastores y magos, de ciegos en iluminados, de débiles en fuertes, de pecadores en santos, dándonos así segura prenda de aquella eterna bienaventuranza que debe ser el único objeto de nuestros deseos. Así sea.

SERMÓN DÉCIMOCTAVO

(predicado en la parroquia de San Pedro de Bogotá, febrero de 1897).

La luz en las tinieblas.

Deus... dixit de tenebris lucem splendescere.
Dios... dijo que la luz brillase de en medio de las tinieblas.

² Cor. 4, 6.

1. Inclínados profundamente ante la autoridad de la palabra de Dios que resuena de continuo en nuestras almas, no vacilamos en prosternarnos también ante la